



La farsa catalana.

Política Nacional, 30/09/2015

La verdad es que todos somos los responsables de que las elecciones catalanas generen lo que generan. Y es que no es todo ello más que un espectáculo bochornoso, zafio y patético, la más pura representación de la maldad, la codicia, la doble moral y la mediocridad que florece en el interior de algunos de los personajes que pululan a lo largo y ancho de nuestro país.

Y es que tanto los movimientos secesionistas catalanes, de la más perversa de las formas, como la derecha españolista rancia, con nobles fines pero de burdas maneras, se han encargado, a través de los medios, de fomentar el dramatismo y la mentira en torno a la manipulación de una realidad que ha degradado en lo que hoy es: la histeria absoluta por la posible independencia catalana. Es culpa de todos los españoles prestar atención a temas que en verdad pecan de absoluta banalidad, cuando los periódicos, la televisión o la radio no hacen más que exagerar hasta límites insospechados la situación que en verdad representa la idea de la independencia catalana.

Porque no han hecho más que convertir, por arte de magia, unas elecciones autonómicas en una forma de "plebiscito" secesionista. Y encima, después del desastroso resultado de hace un año (30% de la población, mayoría rural, a favor de la independencia), incluso fusionándose todas las fuerzas nacionalistas no han logrado si quiera aproximarse a esa mayoría absoluta que tanto presumían conseguir alcanzar, repitiendo el mismo porcentaje de resultados que el año pasado, a pesar de su "magnífica" propaganda, en la que tantos y tantos millones habitúan a derrochar descaradamente.

No, no le basta a este país con dar EL COÑAZO todos estos años, ya desde las autonómicas de 2012, con la ridícula idea de la IMPOSIBLE independencia, tras el descomunal bombardeo mediático llevado a cabo a lo largo de todo el pasado 2014 por el absurdo pseudo-referéndum de resultados más que nefastos. Hay que seguir aguantando que sean, en cualquier medio de cualquier ideología, protagonistas absolutas los deplorables independentistas catalanes. Nos intentan eso, hacer creer que un 30% de la población catalana decidirá una separación inmediata del resto de España en cualquier momento, y cada vez que se acercan algunas elecciones, sean del ámbito que sean, la prensa ya las convierte obligatoriamente en un plebiscito.

Distraen, así, nuestra atención de los principales problemas que nos atañen a todos los ciudadanos. Tanto las mentiras y continuas manipulaciones de Arturo, como la socialdemocracia barata y el pseudo-conservadurismo inútil de Mariano Rajoy, consiguen distraer nuestra atención de otros problemas más graves con el suculento juguete del independentismo. Pecan todos de absoluta ignorancia, falta de criterio, absoluta estulticia, demagogia, incultura y demás adjetivos despreciables.

Los unos falsifican la historia, intentan mostrar la idílica imagen de una nueva nación libre y soberana, pero ligada hipócritamente a Madrid y con la misma cantidad de problemas, o hasta peores. Beben de teorías decimonónicas ya arcaicas, hijas del pretérito, ideologías sustentadas en la xenofobia, ligadas indiscutiblemente al estatismo opresivo, corrupto y colectivizador, amigas de las fronteras y partidarias absolutas del culto a la tribu, de la oda primitiva al grupo, por encima de cualquier tipo de libertades y derechos individuales, por encima del libre pensamiento, del criterio propio. Intentan demostrar que la independencia es la liberación del yugo opresor español, pero no quieren dejar ver que su nueva nación lastraría el mismo tipo de problemas que si siguiera formando parte de España, pero sin las ayudas de ésta.

Los otros, en lugar de centrarse en las ideas de libertad por encima de fronteras artificiales, terrenales, absurdas, en lugar de centrarse en los problemas reales que en la práctica tienen verdadero valor, no hacen más que entrar al trapo de la mentira secesionista, mostrando una manera cobarde y convencional de hacer frente a la majadería catalana; únicamente se centran

en la defensa de la Constitución del 78, que aunque importante no es nuestra única arma, y a veces no saben ni responder a los ataques, mostrando su más que absoluta debilidad. En lugar de callar bocas frente al historicismo extremista y falso, podrían bucear un poco más en la verdadera historia. En lugar de adular continuamente el papel de la Constitución, con todas las limitaciones que implica en estos tiempos de incertidumbre política y social, podrían abrir los ojos de la población intentando desmontar los mitos de los nacionalismos y sus absurdas fronteras, materialmente inexistentes.

Ojalá algún día despertemos, despierten de una vez por todos nuestros pueblos de la tierra, pueblos verdaderamente modernos que hoy en día ya, gracias a Dios, van dejando de creer en falsas separaciones, aman la verdadera la libertad, el intercambio entre países, culturas... Ojalá algún día nos olvidemos de una vez de esta sarta de mentiras que en verdad ya son propias de otros tiempos. Ojalá.